

La Política Estadounidense y el fin de la Ideología

Por STEPHEN W. ROUSSEAS y JAMES FARGANIS

Tomado de *The British Journal of Sociology* y vertido especialmente del inglés para el número de la Revista Mexicana de Sociología dedicado a Max Weber por Óscar Uribe Villegas.

En una colección de ensayos escritos en un periodo de diez años, Daniel Bell¹ saluda el fin de la ideología. En un volumen semejante de ensayos publicados previamente, Seymour Martin Lipset² se une a Bell en la apoteosis de un cientismo no comprometido, o de lo que vale tanto como un pragmatismo lavado de toda su pasión en pro de una reforma social significativa. Esta letanía creciente, que se deja escuchar en Estados Unidos de América, en el Continente Europeo y en Inglaterra, y que alaba el *status quo*, tiende a permanecer, de acuerdo con su propia imagen, inherentemente liberal. Está convencida de que la democracia ha resuelto hoy todos los problemas principales de la sociedad industrial, y que los que siguen en pie son de magnitudes de orden secundario, por lo que implican meramente una serie de ajustes dentro del *consensus gentium* que prevalece actualmente. Si el liberalismo moderno ha sido remodelado dentro de moldes menos críticos, es por su convicción de que la democracia moderna *es* la sociedad buena. Lipset lo muestra, muy claramente, en el epílogo de su libro *La Democracia*, en donde escribe que esta “no es sólo o en forma primaria, un medio al través del cual diferentes grupos puedan alcanzar sus fines o buscar la buena sociedad; *es la mismísima buena sociedad, ya en operación*”.³

¹ *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*. Collier Books. Ed. rev., 1961.

² *Political Man*. Doubleday, 1960.

³ Página 403. Se agregó el subrayado. En respuesta a la crítica de *Political Man*, Lipset ha modificado un tanto su afirmación y ha buscado reformular su liberalismo ('My View From Our Left' Columbia University Forum, Otoño, 1962) “La democracia”, ahora, “no es simplemente un medio para el fin de la buena sociedad; es por sí misma, la única sociedad

De un modo más explícito, Lipset nos dice que dentro de las democracias occidentales “los conflictos serios entre grupos representativos de diferentes valores han declinado notablemente”; que “los problemas ideológicos que dividen a la izquierda y a la derecha se han reducido a determinar el mayor o menor grado de propiedad gubernativa y de planeación económica”, y que, en realidad es insignificante la diferencia que establezca “cuál sea el partido político que señoree las políticas domésticas de cada nación en particular”. Todo esto, de acuerdo con Lipset, “refleja el hecho de que los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial ya han sido resueltos; que los trabajadores han alcanzado la ciudadanía industrial y política, los conservadores han aceptado el Estado-beneficencia, y la izquierda democrática ha reconocido que un incremento en el poder total del Estado acarrea más peligros para la libertad, que soluciones para el problema económico”.⁴

En este medio, los intelectuales que funcionan como críticos de la sociedad, se han indispuesto —de acuerdo con Lipset— porque “la política doméstica, incluso liberal o socialista, ya no puede servir como arena para las serias críticas emitidas por la izquierda” (p. 409). Desorganizados, carentes de una causa e incapaces de realizar su propia imagen, los intelectuales liberales se han vuelto de su preocupación básica por los sistemas

en la que las tendencias sociales que presionan al hombre para explotar al hombre, pueden ser restringidas”. Este enfoque más bien negativo de la democracia y la buena sociedad se confirma ulteriormente por su afirmación de que su adhesión a la democracia “se basa en el supuesto de que sólo una sociedad políticamente democrática puede reducir las presiones —endémicas en los sistemas sociales— para incrementar los efectos punitivos y discriminatorios de la estratificación”. Porque es la libertad democrática de las clases subprivilegiadas para organizarse, lo que hace surgir un “contrapeso” efectivo y nivelador que opera dentro de las reglas del juego del conflicto institucionalizado. La similitud de ésta con la teoría de John Kenneth Galbraith sobre el “poder contrapesante” es obvia, y está sujeta a las mismas limitaciones. El ideal de Lipset es el Estado beneficencia no ideológico hacia el que él cree que se está desplazando Estados Unidos de América.

⁴ Páginas 403-6. Además, Lipset cita, como aparente aprobación, un comentario que le hizo el editor de uno de los principales periódicos suecos: “La política es aburrida en la actualidad. Los únicos problemas son los de si los trabajadores metalúrgicos lograron un níquel más por hora, si se elevará el precio de la leche, si se ampliarán las pensiones de los ancianos”. En forma similar, en Bell tenemos: “En el mundo Occidental... hay actualmente un vasto consenso entre los intelectuales con respecto a los problemas políticos: la aceptación del Estado Beneficencia; la deseabilidad del poder descentralizado; un sistema de economía mixta y de pluralismo político... [Y] los obreros, cuyas quejas fueron en una ocasión, la energía motora del cambio social, están más satisfechos con la sociedad, que los intelectuales” (pp. 397-9).

Para otras opiniones que reflejan el fin de la ideología, deben consultarse los siguientes libros recientes: John Strachey, *Contemporary Capitalism*, Random House, 1956; C.A.R. Crossland, *The Future of Socialism*, Macmillan, 1957; John Kenneth Galbraith, *American Capitalism*, Houghton Mifflin, Ed. rev., 1956, y *The Affluent Society*, Houghton Mifflin, 1958. Henry Wallich, *The Cost of Freedom*, Harper & Bros, 1960, y el debate entre los neo-revisionistas y los fundamentalistas, en Inglaterra, en las páginas de *Encounter*, *New Left Review* y *New*

políticos y económicos hacia la crítica de otros sectores de la cultura básica de la sociedad; particularmente, de elementos que no pueden ser tratados políticamente” (p. 409). Para Bell, “algunos de los intelectuales más jóvenes han encontrado una salida en empeños científicos o universitarios, pero, frecuentemente, a expensas de un estrechamiento de su talento por la pura técnica” (p. 399).

La importancia plenaria de la tesis de Bell-Lipset puede derivar, principalmente, de una mala interpretación de Max Weber; una interpretación inadecuada que hace que Bell considere a Maquiavelo y a Max Weber a la misma luz, y a que los cite a la cabeza de los dos capítulos clave de su estudio.⁵ Bell se mantiene dentro de su propia interpretación de Weber, y distingue entre el “debe” normativo y el “es” empírico de la política y establece la ineluctable tensión entre ambos. La ética tendría que ver con la justicia, mientras que la política concreta implicaría “una pugna de poder entre grupos organizados, para distribuir los privilegios” (p. 279). La política concreta, en otras palabras, no tendría que ver con la realización de un ideal sino —de acuerdo con Lord Acton— con la cosecha de ventajas particulares, dentro de una ética dada; una ética que establece claramente las reglas de juego que gobiernan el jinetear político en pos de la posición y el privilegio. De este modo, las democracias modernas y maduras habrían separado, en efecto, la ética de la política, en cuanto representativas del fin de la ideología, y la ideología —en el grado en que continuare existiendo en la sociedad moderna— no sería más que una cínica propaganda, cubierta para ocultar el propio interés específico de los grupos competidores. La política moderna, por tanto, se volvería susceptible de análisis en términos de las estrategias mixtas de la ludología o teoría de los juegos (aunque ni Bell ni Lipset lo hayan hecho). El juego ha de ser jugado, sin embargo, dentro de los límites constitucionales generalmente aceptados, de una “ética de responsabilidad” weberiana. Lo cual implica, sobre todo, el rechazo total del comprometimiento radical requerido por una “ética de conciencia” que “crea verdaderos creyentes”, que quema con una llama pura, inextinguible y no

Statesman (particularmente durante 1960-1). Las limitaciones de espacio nos impiden hacer un examen de esos varios enfoques. Con excepción de los “fundamentalistas” ingleses, reflejan —todos— en mayor o menor grado, la opinión de que los problemas principales de la sociedad industrial han sido resueltos y que los problemas restantes son básicamente técnicos y se encuentran fácilmente al alcance de nuestra mano. Quizás la afirmación más desvergonzada de esta posición se encuentre en Arthur Schlesinger, Jr.: “Where Does the Liberal Go From Here?” (*New York Times Magazine Section*, Agosto 4, 1957).

⁵ Capítulo 12, y “The End of Ideology in the West: An Epilogue”. Las citas usadas por Bell son: “Quien busca la salvación de las almas (de la suya y de las demás), no debe buscarla a lo largo de la avenida de la política” (Weber) y “Los hombres cometen el error de no saber cuándo han de limitar sus esperanzas” (Maquiavelo).

puede aceptar compromiso con la fe". La ética de responsabilidad es, en suma, "la visión pragmática que busca la reconciliación como su meta" (pp. 279-80). Los liberales modernos, deseosos como están de aceptar un progreso mediante parches y dentro de las reglas del juego, han de ser distinguidos, por tanto, de los ideólogos genuinos que —según parece— no captan que la buena sociedad ya ha sido alcanzada.

La distinción básica entre el liberal moderno giraría en torno de la noción de compromiso, de comprometimiento. Si el ideólogo —según los términos de Bell— está comprometido con las consecuencias de las ideas, y está gobernado por la pasión, el liberal no ideólogo, en sentido distinto, en sentido contrario, no está comprometido y está libre de cualquier visión quiliástica del momento que cambia. El ideólogo buscaría el éxito político —de acuerdo con Bell— mediante la organización y emergencia de las masas dentro de un movimiento social, y las funciones de la ideología —por tanto— consisten en fundir la "of the great unwashed", y poner en ignición sus pasiones, a fin de convertirlas en un poderoso río de fuego. Pero, a fin de hacerlo, la ideología "debe simplificar las ideas, establecer sus títulos a la verdad y, en la convergencia de ambas cosas, demandar un comprometimiento para la acción" (p. 369).

El fin de la ideología está vinculado, por tanto, con su inhabilidad para levantar a las masas. Y esta incapacidad —como hemos visto— es la consecuencia directa de la sociedad moderna, que ha resuelto el problema básico del orden industrial. En esta especie de sociedad panglosiana, no hay sitio para ideólogos, que de pie en los escalones superiores de la escala de la fe, se hayan convertido en factores de desestabilización política. Si son algo, son una amenaza directa a la supervivencia de la buena sociedad. El político, moderno, en cuanto político, sería el hombre que sabe manipular, operar, en un mundo maquiavélico que divorcia la ética de la política. La democracia moderna se convertiría, para esta opinión, en un sistema técnico *sans telos*. Y, la política democrática se reduciría a una constelación de grupos de depresión entregados a una búsqueda egoísta, apaciblemente empeñados en una pugna por el poder, destinada a determinar el reparto de los privilegios y las ventajas particulares. El compromiso y la evolución serían o deberían ser o han de ser los medios de lograr —en el contexto de esta pugna— las pocas metas sociales, de segundo orden, que siguen subsistiendo en una sociedad que, en otra forma, es casi perfecta. Es en este sentido limitado en el que el fin de la ideología se aferra desesperadamente al rubro que se ha auto-impuesto: el de liberalismo ilustrado, no ideológico, no comprometido, y el *status quo* que él defiende a nombre de la democracia es uno fundamental: la sociedad buena, ya alcanzada.

Todo esto lo remacha Bell en las puertas de Max Weber. Si en vez de obrar así, hubiese abierto la puerta y hubiese mirado dentro, habría encontrado que la preocupación primaria de Weber fue la fusión de la “ética de responsabilidad” y la “ética de fines absolutos”. En contra de la fácil interpretación de Bell, Weber no abogaba en forma alguna por una política sin pasión. “Pasión sin responsabilidad” y “política sin compromiso” eran igualmente inaceptables para Weber. “La pasión”, “un sentimiento de responsabilidad” y un “sentido de proporción” eran, para Weber, las tres cualidades preminentes que son decisivas para el político. Para Weber, el problema era el de forjar “una pasión cálida y un sentimiento frío, de proporción... en un mismo espíritu”.⁶ En el grado en que el político realiza el juego de la política sin ningún sentido de propósito, sus acciones carecen de significado. En las palabras de Weber, “El mero ‘político del poder’ puede obtener efectos fuertes; pero, en realidad, no conduce a parte alguna, y carece de sentido”.

En Weber, la “ética de responsabilidad” y la “ética de fines últimos” no debían de ser consideradas en un contraste absoluto. Tenían que pensarse como complementos que se refuerzan mutuamente en la mente del verdadero político que tiene que actuar como agente del progreso social. Al dejar de considerar las consecuencias de sus acciones y rehusarse a admitir la condición de la humana fragilidad, el quiliasta era irresponsable e inefectivo. Pero, igualmente vacío, en opinión de Weber, era el político que buscaba ampliar su propio poder sin tener en mente visión-conductora alguna. “Toda experiencia histórica —escribía Weber— confirma, ciertamente, la verdad de que el hombre no habría logrado lo posible si no hubiese tratado de alcanzar, una y otra vez, lo imposible”.

A pesar de las malas interpretaciones que Bell hace de Weber, hay pocas dudas en cuanto a que su argumento y los de Lipset, sobre el declinar de la ideología —si no sobre su terminación— en cuanto fuerza operante, en el mundo occidental, se basan, en grado considerable, en hechos. Pero el que esto represente o no, un estado deseable, es algo completamente diferente. La interpretación favorable que Bell y Lipset han dado de este desarrollo, ha sido aceptada —si no ha sido aplaudida— por la mayoría de los observadores. Sin embargo, puede haber considerable confusión potencial sobre el significado de “ideología” y de “pensamiento ideológico”, si no se tiene la precaución de usar de estos términos en forma consistente. El examen más exhaustivo del concepto aparece en la bien conocida *Ideología y Utopía* de Karl Mannheim.⁷ Mannheim toma la ideología como significativa de las ideas

⁶ Para la postura de Weber y las citas empleadas, véase H. H. Gerth y C. Wright Mills, Ed. *From Max Weber*. Oxford, 1946. pp. 115-6, 127-8.

⁷ International Library of Psychology, Philosophy and Scientific Method, 1936. Reimpreso a la rústica por Harcourt, Brace.

y patrones de pensamiento de los grupos gobernantes ligados por intereses, que explican, justifican y racionalizan un *status quo*, en tanto que la *utopía* es el estímulo intelectual proporcionado por los grupos oprimidos que retan al orden establecido y tratan de transformarlo en una buena sociedad. Cuando Bell y Lipset hablan del “fin de la ideología”, lo que quieren dar a entender es “el fin del pensamiento utópico”, pues ambos se están refiriendo claramente al declinar de las ideas socialistas y marxistas en el contexto de una sociedad occidental próspera. Lipset, sin embargo, hace avanzar más su argumento (y en forma más explícita que Bell), cuando declara —contra el juicio de muchas de las mentes más profundas del pensamiento político occidental— que la democracia “es ya la buena sociedad operante”. La distinción clásica entre “naturaleza” y “convención” se oblitera, en esta forma, y el papel tradicional del intelectual en cuanto crítico social ya no resulta posible. Porque, si “lo que debe ser” ya lo es, entonces, el intelectual no tiene más función que la de describir, y celebrar la llegada a una Utopía. Con todo, gran parte de la producción intelectual de hoy —en las películas, en el escenario y en el arte—, revela un profundo descontento ante las cosas, tal y como están. Lipset y Bell reconocen esta enajenación intelectual, pero llegan a la conclusión de que no es política. Es sólo al definir la política en forma estrecha, en cuanto ocupada del “comportamiento al votar” o con las “medidas de beneficencia, como llegan a esta conclusión. Pero, si la idea tradicional de la filosofía política se mantiene, sigue habiendo aún alguna pequeña contribución que puedan hacer los intelectuales y que habrá de ser algo distinto de una pura justificación, expresa o tácita, de lo que es, sea lo que fuere.

“Liberales como Lipset” escribe un politólogo,⁸ “se muestran orgullosos del progreso que se ha logrado en el mundo occidental, pero, curiosamente, no reconocen nunca el hecho de que hemos llegado a donde estamos precisamente gracias a las ideologías que movieron a los hombres a la acción”. Y si el fin de la ideología es, de hecho, el caso, “entonces podremos explicarnos cuál es la causa de que estamos estancados en Occidente”.

Pero, los comentarios más amargos provinieron de otra fuente. C. Wright Mills y Bell-Lipset han sido mutuamente, uno para otros y éstos para el

⁸ Andrew Hacker, en la que es, por lo demás, una revista favorable del libro de Lipset (*Commentary*, junio, 1961). Una crítica ulterior, hecha por Hacker, se refiere a las limitaciones de un enfoque puramente empírico a los problemas de la sociedad moderna. Si los mitos de la ideología de ala izquierda han declinado en efecto, esto no implica necesariamente, que hayamos madurado políticamente en el sentido de desear no sólo enfrentar los hechos sino vivir con ellos. En las palabras de Hacker: “Lipset espera suplantarse el mito con el hecho. El empirismo, guste o no, fuerza a que se concentre uno en las cosas como son o como han sido. Una descripción de la forma en que las cosas *podieran ser* en caso de que nos embarcásemos en el cambio del orden social está obligada a ser especulativa y no fáctica... Las

primero, sus más severos críticos⁹ y C. Wright Mills, al definir el fin de la ideología como “una celebración intelectual de la apatía” que ha hecho que la razón sufra un colapso en la razonabilidad, ataca la acentuación que Bell-Lipset hace del análisis estrictamente fáctico”.¹⁰

“El descubrimiento del hecho. . . esa es la regla. Los hechos son debidamente pesados, cuidadosamente balanceados, siempre rodeados de valladares. Su poder de lastimar, su poder para alumbrar verdaderamente, en forma política; su poder para ayudar en la decisión, e incluso su poder para aclarar alguna situación. . . todo, es borrado y destruido”.

Claro que los hechos, en sí, no tienen poder de herir, alumbrar o aclarar. Quizás por ello, necesite alguna elaboración el argumento de C. Wright Mills. Un empirista brutal, desprovisto de toda “pasión”, ya no es capaz de descubrir el mundo como es en mayor grado de lo que pueda serlo un ideólogo que contempla el mundo en torno suyo sólo a través de los lentes de su Weltanschauung ideológica. La esperanza, o la creencia de que la eliminación del molde ideológico de la mente nos permitirá que veamos el mundo real carente de cualquier coloración propia de un juicio de valor, no es sino una desilusión de un positivismo sin artificio, que es, en esencia, una huida de la responsabilidad moral. Porque los hechos son, en sí mismos, el producto de nuestra contemplación de la “realidad” a través de nuestras pre-concepciones teóricas que, a su vez, están condicionadas por los problemas que confrontamos. Y, los preceptos teóricos que determinan los hechos relevantes de una visión particular de la “realidad” no están, en sí, completamente libres de valor. Las teorías sociales, en suma, son el resultado de nuestra preocupación por problemas específicos. Y los problemas sociales, en el fondo, tienen que ver con metas éticas. Los teóricos sociales, más aún, difieren en sus juicios de valor y, de este modo, difieren en sus construcciones teóricas de la “realidad”. Difieren —según esto— en los problemas que ven o, lo que es lo mismo, ven un problema dado, en formas diferentes. Consiguientemente, difieren en cuanto a qué hechos son relevantes para un problema dado. Hay, en otras palabras, una selección de hechos, en el análisis de los problemas sociales. Algunos hechos incluidos en un enfoque, se excluyen en otro, e incluso aquellos que se mantienen en común

visiones de los ideólogos —entonces— acompañadas de sus mitologías acerca del mundo de la realidad, deben evaluarse no sobre bases empíricas, sino estratégicas”.

⁹ Para Bell y Lipset, C. Wright Mills era un tábano molesto y un mal estudioso. Para muchos otros, fue, sobre todo, un gran crítico social que, a diferencia de la mayoría de los buenos estudiosos, tenía algo significativo que decir. Para una referencia increíblemente nauseabunda sobre el difunto C. Wright Mills, véase Seymour Martin Lipset y Neil Smelser, “Change and Controversy in Recent American Sociology”. *The British Journal of Sociology*. Marzo, 1961; reimpresso por el *Institute of Industrial Relations*. Reimpresión N^o 164. Berkeley, 1961, n. 12, pp. 50-1.

¹⁰ “Letter to the New Left” *New Left Review*, Septiembre-Octubre de 1960.

pueden diferir y usualmente difieren en cuanto al peso que se les da dentro de las interrelaciones teóricas y causales.

Todo esto suscita, por supuesto, las siguientes posibilidades: la de que la teoría de la verificación en las ciencias sociales es de diferente orden que la que se encuentra en otras ciencias; la de que los preceptos morales de los teóricos sociales determinan de un modo inevitable, la forma de sus teorías, los sistemas clasificatorios que emplean, y sus conceptos e hipótesis y que, por tanto, no pueden existir criterios objetivos relevantes para evaluar las construcciones competitivas sobre la realidad social. Quizás lo mejor que podamos esperar sea alguna forma de relativismo objetivo. Pero, sea lo que fuere, es claro que quien llegare a sugerir que el análisis sociológico es una ciencia pura que se ocupa objetivamente de los puros "hechos" está acariciando un positivismo ideológico únicamente suyo: a *wertlos*¹¹, positivismo que no monta a más que una apología irreflexiva de sea lo que fuere lo existente. Y, sus enjuiciamientos valorativos —a causa de su carácter subconsciente— son, por ello, mucho más inflexibles y rígidos. Esos pronunciamientos —más aún— no admiten transacción y adquieren la calidad de lo *ex cathedra*, que se encuentra sólo en quienes creen que en alguna forma han asegurado la verdad— o la buena sociedad. En este respecto, marchan ellos paralelamente a los ideólogos más extremados en sus análisis.

A lo largo de estas líneas, C. Wright Mills hubiera estado de acuerdo en que el fin de la ideología hace un fetiche del empirismo e impone una ideología propia: una ideología de complacencia política, para justificar las cosas tal y como son y celebrar a la sociedad moderna como una empresa en marcha. El pensamiento utópico a la crítica izquierdista, de acuerdo con Mills, se ocupa con un "criticismo estructural" de las instituciones de la sociedad, y con la formulación de programas de reforma y cambio fundamentales. No necesita imponer una visión apocalíptica o dogmática. La elección no está entre el fanático de ojos extraviados y el pragmatista frío, no comprometido, que desea tomar su progreso paso a paso, en caso de que lo acepte en alguna forma. La ideología no tiene por que ser igualdad —como Bell hace a veces— con el fanatismo quiliástico. Su función principal, es la de aplicar la inteligencia —la fusión de la pasión y de la razón crítica— a los problemas del mundo moderno. Y la inteligencia nunca puede acostarse abrazada a sí misma, en un apasionado abrazo de amor propio. Debe preocuparse de las condiciones humanas y su mejoramiento, en un mundo continuamente imperfecto. Su razón de ser es, en una palabra, el progreso.

¹¹ Max Weber distingue entre la ciencia en cuanto *wertfrei* y *wertlos*. *Wertfrei* se define como lo que está libre de la pasión y el prejuicio que prevalecen; libre, por tanto, para crear sus propios valores. *Wertlos*, por otra parte, se aplica al enfoque falsamente objetivo o "cientista" a los problemas sociales.

Sea cierto o no que el progreso ha sido exclusivamente el resultado del conflicto ideológico, la realidad es la de que el progreso, en cuanto distinto del puro cambio, puede definirse significativamente sólo en términos de alguna "visión". Porque, el progreso, como lo ha observado Santayana, "es relativo a un ideal que crea la reflexión". Y es aquí donde probablemente pueda hacerse la crítica más seria del fin de la ideología.

Al moderno político, Bell y Lipset lo ven como un individuo no comprometido, hábil en el arte de la transacción. El ideólogo, por otra parte, estaría comprometido con algún patrón de cambio institucional que, en términos de sus valores, se transformaría en progreso social. Es irrelevante el que se esté de acuerdo con la visión de una ideología particular o se discuerde de ella. El punto importante es el de que la libertad, en sentido filosófico, y todo comprometimiento social que trasciende el *status quo* están interrelacionados y son interdependientes.

Si se rechaza la noción de un hombre ligado a un destino inmisericorde que le roba su futuro, nos queda el verlo libre o inmerso en el proceso de devenir. El hombre es, en otras palabras, un potencial, y su voluntad o capacidad de tomar a la vida por el cuello, como fuere, para forzarla a que sirva sus necesidades, es medida de su libertad. La libertad, en suma, excluye la complacencia que descansa en los logros pasados o presentes, o que nutre la ilusión de haber logrado *ya*, el mejor de los mundos posibles, en el cual —en cualquier sentido significativo—, el progreso es, por definición, un imposible. Si el hombre, al vivir como vive en un mundo considerablemente imperfecto, no está determinado únicamente por su pasado y no es sino un potencial de su inminente futuro, entonces el comprometerse es un requerimiento previo a la realización de su libertad y de su futuro.

Otra objeción al fin de la ideología radica en su incapacidad para establecer la distinción fundamental entre lo que considera que es buena sociedad, y una teoría social que se ha vuelto anticuada, como resultado de lo cambiante de los valores y problemas de las generaciones sucesivas. Al confundir ambas, obsesionada aún y cegada por las orientaciones de la cuarta década, ve la situación actual y declara que los problemas de la Gran Depresión han sido resueltos con exceso.

El libro de Bell, se tituló: "Sobre el Agotamiento de las Ideas Políticas en la Sexta Década". Es cierto que nos hemos visto enfrentados y que nos seguimos viendo frente a una bancarrota de ideas políticas en una época en que ciertos desarrollos críticos han estado realizándose en Estados Unidos de América; desarrollos de los que, por mucho, es responsable el fin de la ideología. En el frente internacional, hay la tendencia a un empirismo astillante aplicado a los problemas internacionales, y, en el frente doméstico, una incapacidad para enfrentarlos. Esto sin admitir el malestar econó-

mico que se ha apoderado de la economía estadounidense desde el fin de la Guerra de Corea.

En lo que se refiere a asuntos internacionales. Hans J. Morgenthau escribe sobre “nuestra entrega, a pausas, ante los hechos de la política exterior... nuestro pensar y actuar como si para la política exterior no hubiera sino tal o cual conjunto particular de hechos empíricos” concernientes a tal o cual problema de política extranjera.¹² Los pragmatistas de última hora, en opinión de Morgenthau, son, básicamente, anti-teóricos, anti-utópicos, empiristas que se enorgullecen de no tener ilusiones acerca de los hechos en cuanto que no tienen ningún gran deseo de cambiarlos”. Para ellos, corona sus logros “su valor de enrostrar los hechos... y tratar cada problema en sus propios términos”. Como subrayante de todo su enfoque se encuentra su creencia profunda de que “los problemas del mundo social rendirán la plaza a una serie de ataques empíricos aislados, que no estén lastrados por nociones preconcebidas y por una planeación comprensiva.” Como resultado de esto, la política exterior carece de cohesión total, y ha degenerado en una serie de operaciones que carecen de relación o de consistencia entre sí y que, frecuentemente, se encuentran muy alejadas de las realidades que los hechos, por sí mismos, se supone que aclararían. Así —de acuerdo con Morgenthau, al tratar de escapar de la *Scylla* del utopismo, estamos cayendo en la *Caribdis* del empirismo. En nombre de los *hechos* estamos reducidos a la condición de que tenemos que aproximarnos a los principales problemas de nuestra existencia como si fueran simple materia de manipulaciones técnicas.¹³ Lo que se necesita, obviamente, es una ideología, para interpretar los “hechos” de una situación social, y para sugerir soluciones significativas en términos de una lectura particular de esos mismísimos “hechos”.

Dentro de una vena similar, hay otros que niegan que haya algo sustantivamente malo en la economía estadounidense. En su decisión de no empeñarse en ninguna forma de criticismo estructural y su tendencia en con-

¹² “The Perils of Political Empiricism”. *Commentary*, julio de 1962.

¹³ Hans Morgenthau niega la existencia de hechos puros, como sigue: “Los hechos no tienen significación social por sí mismos. Es el significado que atribuimos a ciertos hechos de nuestra experiencia sensible —en términos de nuestras esperanzas y temores, nuestros recuerdos, invenciones y expectativas, lo que los crea como hechos sociales. El mundo social mismo, entonces, no es sino un artefacto de la mente del hombre, el reflejo de sus pensamientos y la creación de sus acciones. Todo acto social (incluso nuestra percepción de los datos empíricos como hechos sociales) presupone una teoría de la sociedad, por falta de reconocimiento, por incoada y fragmentaria que sea. No nos es dado elegir una filosofía social y un rendimiento incondicional a los hechos tal y como son. Más bien, debemos elegir entre una filosofía consistente consigo misma y fundada en la experiencia, que pueda servir de guía para entender, y como un instrumento para acciones exitosas, por una parte, y una filosofía implícita y no puesta a prueba, que es probable difume la comprensión y malencamine la acción.”

siderar a quienes lo hacen, como apéndices vestigiales de la moderna sociedad democrática, se sienten impelidos a considerar los implementos existentes como adecuados para la corrección de los que ellos consideran como un desequilibrio temporal y pasajero. Niegan la necesidad de toda reorganización estructural de la sociedad, e insisten en que todo es cosa de mero ajuste técnico dentro de los cánones de responsabilidad existentes. Esta habilidad del enfoque de la terminación de la ideología, para difumar la comprensión y conducir a la inacción, ha sido magnificado —por encima de toda proporción sensata, por los problemas económicos internos de Estados Unidos de América desde 1953. El fenómeno de los ciclos de negocios no ha desaparecido de la escena estadounidense. Desde fines de la segunda Guerra Mundial, la economía estadounidense ha seguido experimentando periodos alternos de expansión y contracción. El *boom* postbélico de 1946-1948 conllevó una enorme borrachera de despilfarros en hogares y empresas, en relación con bienes duraderos, negados por mucho tiempo a consumidores y productores. Y, los balances líquidos acumulados por ambos grupos durante la guerra proporcionaron los medios de financiar el *boom*. La recesión de 1948-9 que subsiguió, se invirtió rápidamente por la guerra de Corea y, con el cese de las hostilidades en Corea, la economía estadounidense cayó en el hoyo de 1953-4. Estos dos *booms* iniciales postbélicos son fáciles de entender. Lo que no es tan fácil comprender es la forma tan inadecuada de desempeño de la economía desde el final de la guerra de Corea.

Desde 1953, el número de cuartos de-a través-hasta el pico cíclico ha ido declinando continuamente. Y, mientras que estas recuperaciones postcoreanas se han ido volviendo, progresivamente, abortivas y de corta duración, la tasa de desempleo se ha duplicado virtualmente, conforme ha habido desplazamiento de uno a otro pico cíclico —de 2.7% de la fuerza civil de trabajo durante el segundo, de 1953, a 5.2% para el último de 1960-2. No es sorprendente, por tanto, el que en nuestros sucesivos picos de actividad económica, tanto la duración media del desempleo como la magnitud del desempleo a largo plazo, se hayan incrementado. Un corolario de la elevación del desempleo crónico es la forma en que se vuelve morosa la tasa anual de crecimiento (computada sobre la base de “pico a pico”) de 4.8%, para el periodo 1948-53, a 2.5% para 1953-60— una caída muy por debajo de la tasa histórica, a largo plazo.

Un método alternativo para ilustrar tanto la seriedad como la magnitud del problema que enfrenta en la actualidad la economía estadounidense, consiste en computar la diferencia entre lo que la economía hubiera podido producir en un punto dado del tiempo, con base en el supuesto de un uso en sus recursos, a pleno empleo, y lo que produjo realmente.

Esto puede hacerse si se adopta la técnica del *President's Council of*

Economic Advisers. Si se postula una tasa de crecimiento potencial, a largo plazo, de 3.5% (que comprenda, en forma cruda, un 1.5% de incremento en la fuerza de trabajo y un 2.0% de incremento en la productividad del trabajo) y una tasa de desempleo de un 4% bruto (que se suponga, sobre la base de mediados de 1955 como compatible con una estabilidad relativa del nivel de precios), la solución de continuidad entre el rendimiento potencial y el real asciende a cerca de 34 mil millones para el tercer trimestre de 1962, sobre una base anual y a dólares constantes de 1954. Si aceptamos el llamado presidencial para una tasa de crecimiento superior al 4.5%, el rezago se incrementa hasta alcanzar los 70 mil millones de dólares. Y si establecemos un 2.4% de tasa de desempleo como nuestra definición de pleno empleo, entonces, a la tasa incrementada de crecimiento del 4.5%, el rezago salta a más de 100 mil millones de dólares de rendimiento, que se perdieron irremediabilmente.

Parece razonable concluir, con base en estas evidencias, que la economía estadounidense está sufriendo de una laxitud acíclica, de proporciones crónicas, a pesar del gasto en armas que bombea a la economía —en promedio— 50 mil millones anuales. Argüir que, a pesar de estos desarrollos, las cosas no son tan malas como lo fueron durante la cuarta década, es juzgar y comparar los ciclos económicos sólo en términos de sus diferencias estadísticas en vez de hacerlo, en función de las consecuencias potenciales que subseguirían a un fracaso en cuanto a mantener una tasa adecuada de crecimiento. El énfasis indebido en el análisis no —ideológico, “fáctico”, y en las comparaciones estadísticas, lo único que puede hacer es alimentar un empirismo irreflexivo, que ignore el contexto de los datos y, por lo tanto, su significado. Resulta, así, antihistórico y miope.

Reducida a su desnuda esencia, la crisis que enfrenta Estados Unidos de América en la séptima década, implica dos rezagos: 1.—el rezago interno entre el rendimiento real y el potencial de la economía estadounidense, y 2.—el rezago externo entre las tasas de crecimiento de Estados Unidos de América, el Mercado Común y la Unión Soviética. La clausura de la separación interna y la apertura de la externa es de primordial importancia si es que Estados Unidos de América ha de sobrevivir, a la larga. Sin embargo, debe aclararse que la desaparición del rezago interno no implica el que necesariamente haya de desaparecer el externo. Cerrar el rezago interno requeriría un incremento considerablemente menor en la tasa de crecimiento a corto plazo que la que hemos experimentado en la última década. Pero una vez desaparecido, la economía procedería entonces a lo largo de su tasa de crecimiento a largo plazo, de 3.2%, actualmente inadecuada. Por tanto, es de importancia el que, al lado de las decisiones políticas internas que se necesitan para hacer desaparecer el rezago interior, tal y como ha

sido medido por el *Council of Economic Advisers*, se tomen medidas adicionales para incrementar la tasa de crecimiento económico a largo plazo, lo cual requerirá, entonces un incremento aún mayor de la tasa a corto plazo.

Lo que se necesita desesperadamente, es un cambio marcado en la concepción del público estadounidense sobre el papel del gobierno en una sociedad orientada democráticamente. Si hemos de enfrentar el problema conjunto de los dos rezagos, una planeación de largo alcance en el nivel gubernativo es imperativa, y la división actual entre los sectores privado y público de la economía no debe considerarse como carente de realidad. No debemos empeñarnos, como lo ha hecho el *Council of Economic Advisers* en extrapolaciones históricas a partir de un pasado que se supone muestran que nada ha cambiado y de que nuestro viejo herramental es tan bueno como si fuera nuevo. Ni implica tampoco esto, necesariamente, la adopción de una planeación socialista. Se trata, más bien, del problema de qué cambios son los que se necesitan para hacer viable el sistema capitalista en un mundo de poder. El rezago interno, por ejemplo, puede ser un problema estructural más que un problema meramente técnico de inestabilidad cíclica. Si esto es así, entonces la vigilancia y dominio keynesianos indirectos de la política monetaria y fiscal pueden ya no ser totalmente adecuados. Porque hay algo que debe mantenerse presente: que los ciclos mercantiles y las guerras inducen, en cualquier forma, sutil, cambios irreversibles en la estructura institucional subyacente de una sociedad moderna. Y, nuestras construcciones teóricas de la realidad, si han de tener algún significado, deben absorber estos cambios a través del tiempo. En el grado en que las teorías sociales existentes no consideren estos desarrollos estructurales se volverán anticuadas y, por ello, quedarán invalidadas.

Uno de los problemas del periodo postbélico ha sido la emergencia de depresiones inflacionarias atribuibles a la relativa suavidad de las recesiones periódicas estadounidenses y a la emergencia de una concentración oligopólica del poder de mercado en los mercados tanto de productos como de factores. Con las presiones económicas que emanan así del lado de la oferta, más que del lado de la demanda, se han suscitado serias dudas sobre la capacidad de la política monetaria y fiscal para lograr un uso "a pleno empleo de los recursos, incluso a una tasa de crecimiento a largo plazo, inadecuada, basada en una tasa de 4% de desempleo. Y es un tanto ridículo suponer que tratando de cabalgar sobre las realidades con políticas inadecuadas, que derivan de teorías inadecuadas, sea sólo el programa y no el recorrido de una economía lo que llegue a afectarse. Puede ser que haya cambios, en las circunstancias existentes, capaces de hacer que el capitalismo estadounidense, tal y como lo conocemos, resulte viable. Pero, por lo menos, nos incumbe determinar si esto es así y no se desliza dentro de una

rigidez doctrinal que asegure su derrota. El problema que enfrenta Estados Unidos de América puede no ser puramente técnico. Necesitamos determinar esto, así como también si los implementos tradicionales resultan o no inadecuados; por tanto, lo que se necesitaría sería una revaluación del marco institucional y de las premisas de valor en que se basa. Es tiempo, por tanto, para que los departamentos de graduados³ de las principales universidades lleguen a ser algo más que puros sitios donde se entrena a técnicos competentes.

Estamos de acuerdo en que el relato de Bell y Lipset acerca del fin de la ideología en Occidente es, en gran parte, adecuado. Hay, con todo, un enjuiciamiento que debe hacerse aparte de lo preciso de esa presentación. Bell y Lipset consideran bueno el fin de la ideología. Nuestro punto a discusión, aquí, es el de que debe juzgarse en forma contextual y el de que, en las condiciones presentes bordea el desastre. Esto puede ilustrarse si se comparan dos de los técnicos supremos de la política estadounidense: Franklin D. Roosevelt y John F. Kennedy. Ambos son ejemplos supremos de políticos no comprometidos, no ideológicos, que actúan de acuerdo con la efectividad política. Ambos otorgaban valor máximo al éxito político en las urnas, y consideraban tal éxito como el *sine qua non* de su existencia. Y ninguno de ellos tenía una visión fija de la buena sociedad. Sin embargo, aunque son similares en éstos y en otros aspectos, las consecuencias de sus enfoques comunes y "puramente políticos" de la política, no son idénticos. La séptima década no es la cuarta, obviamente. Y es en el contexto de cada uno de estos dos periodos de crisis en el que el fin de la ideología, común tanto a Roosevelt como a Kennedy, debe juzgarse.

La crisis de la cuarta década hizo surgir, a través de los *New-Dealers*, una nueva oleada de esperanza, y la convicción de que mediante una ingeniería social, era posible enderezar las cosas. La inundación de leyes sociales en los primeros días del *New Deal*, constituyó un intento extraordinario para realizar los cambios institucionales requeridos. Esta pasión por la experimentación social pragmática, estaba enraizada hondamente en la creencia de que la naturaleza humana era altamente, si no infinitamente, plástica. En otras palabras, era básicamente optimista y llena de esperanza, en tiempo de crisis. Era, sobre todo, una época de pensamiento crítico, de regeneración, de fe en el poder del hombre para cambiar el complejo institucional dentro del que vivía. Se empeñaba en una crítica fundamental del hombre y la *mélange* institucional dentro de la cual estaba atrapado. La sociedad —dicho brevemente— había de construirse a imagen de y en interés del llamado hombre común. Pero no había plan general. Era un enfoque empírico de la democracia. Si no había cohesión ideológica, había —al menos—

acuerdo general, en el sentido de que algo había de hacerse, y una comprensión clara del problema en términos personales. Ahí estaban, con los ojos fijos en ellos: las colas del pan, los hambrientos de las Hoovervilles, las fábricas cerradas, las feas lágrimas en el semblante de la que había sido una sociedad próspera. La crisis de la cuarta década fue entendida rápidamente por el hombre de la calle. Era una parte de su experiencia diaria y afectaba o amenazaba directa y atterradoramente a su bienestar continuo. Y fue en esta etapa cuando el fin de la ideología hizo su entrada, bajo la forma del Presidente Roosevelt. La coloración política y las innovaciones sociales del *New Deal* fueron, en buena parte, el resultado de lo expedito en política; en un país en el que el éxito político cuenta por encima de todo. La tonada del *New Deal* se tocó de oído, y el fin de la ideología —bajo el disfraz de un presidente carismático— sirvió para hacer el amplio poder de la presidencia, responsable ante la voluntad popular.

La séptima década es algo totalmente diferente. La situación corriente no es inteligible, en lo inmediato, en términos directos, personales, por el ubicuo hombre de la calle. La amenaza de aniquilación nuclear entumeció su sentido de credulidad, y es tan amplio como para estar por encima de su capacidad conceptual. El problema del desarme es, también, demasiado complicado como para ser comprendido. A pesar de las pobres realizaciones de la economía desde 1953, y del aumento del desempleo, la sociedad emergente continúa manteniendo intocada su imagen. No hay colas del pan, como en la cuarta década, y el problema económico no ha penetrado la conciencia individual, puesto que, para la mayoría, no es aún una amenaza directa. Y si un aspecto principal del problema económico es la amenaza potencial de largo alcance, implicada por las tasas dispares de crecimiento económico entre Estados Unidos de América y la Unión Soviética, entonces es ésta, seguramente, la más remota de sus preocupaciones inmediatas. En suma, los problemas de la séptima década son demasiado abstractos para la visión social limitada del hombre común.

Es en este contexto, totalmente diferente, en el que un hombre no ideológico, como el Presidente Kennedy, operó. No es la clase de crisis que confronta al individuo con problemas inteligibles —para no decir importantes— a la que puede responder políticamente. Así, cuando el Presidente Kennedy mojó su dedo y lo alzó a los vientos políticos, se encontró con que estos soplaban en todas direcciones. No hay coherencia; no hay sentido de propósito bien pensado —según ha indicado Hans Morgenthau— en la política externa y menos aún —obviamente— en la política doméstica. Sobre todo, a diferencia de lo ocurrido en la cuarta década, no hay consenso general en el cuerpo político, al que el presidente pueda responder —fuera de la desnuda experiencia política— en una forma clara y consistente. En suma,

no hay marco de referencia limitante, dentro del cual innovar, y al carecer de uno, fluctúa, transige y trata de serlo para todos. Como Lipset, racionaliza lo vacío de la sociedad moderna y declara, como declaró, que es la buena sociedad, y que todos los problemas subsistentes son puramente técnicos. Dos de las últimas charlas de Kennedy demostraron esto en forma más que completa. En sus indicaciones a la Conferencia Económica de Washington (mayo 21 de 1962), el Presidente distinguió entre mito y realidad, en estos términos:

“También me gustaría decir algo acerca de la diferencia entre mito y realidad. La mayoría de nosotros estamos acondicionados, por muchos años, para tener un punto de vista político —Republicano o Demócrata— liberal, conservador, moderado. El hecho, en el caso, es que la mayoría de los problemas o, al menos muchos de los que ahora enfrentamos, son problemas técnicos; son problemas administrativos. Son enjuiciamientos muy artificiosos, que se prestan a la clase de ‘movimientos apasionados’ que agitaron tan frecuentemente, en el pasado, a este país. Ahora tratan problemas que están por encima de la comprensión de la mayoría de los seres humanos”.

Un mes después, en su discurso inaugural en la Universidad de Yale, el difunto Presidente elaboró más aún este tema:

“Actualmente... los problemas domésticos centrales de nuestro tiempo son más sutiles y menos simples. No se relacionan con los choques básicos de la filosofía y la ideología, sino con medios y fines para alcanzar metas comunes; búsqueda artificiosa de problemas complejos y obstinados”.

“Lo que está en juego en nuestras decisiones económicas, hoy, no es una gran pugna de ideologías rivales que barran al país, apasionadamente, sino el manejo práctico de una economía moderna. Lo que necesitamos no son etiquetas o clichés, sino una discusión más básica de los problemas artificiosos y técnicos, que implica el mantener en movimiento, hacia adelante, una gran maquinaria económica”.

“...las etiquetas políticas y los enfoques ideológicos no importan para las soluciones”.

“...los problemas de... la séptima década, en cuanto opuestos a las clases de problema que enfrentamos en la cuarta, demandan un reto sutil, para el que deben suministrarse respuestas técnicas y no políticas”.

Aunque no estamos de acuerdo con esta postura, debe admitirse que el Presidente tuvo el buen sentido de limitarla a los problemas domésticos. En ningún punto, ni el Presidente ni ninguna otra persona sensata hubiese argüido el que nuestras diferencias con los rusos sean puramente técnicas. Bell y Lipset tampoco lo han hecho.

Bell y Lipset coinciden. Mientras las viejas ideologías de Occidente se

han agotado por la marcha del progreso occidental, han surgido nuevas ideologías en Asia y en África —de acuerdo con Bell, las ideologías de la industrialización, de la modernización, el Panarabismo, el color y el nacionalismo. Las nuevas ideologías, a diferencia de las antiguas, no son moldeadas por los intelectuales, a lo largo de líneas universales y humanistas. Más bien son instrumentalmente parroquiales y son empleadas por dirigentes políticos que las han creado con fines de desarrollo rápido y de poder nacional. Y los liberales occidentales, desorientados, han abrazado la nueva ideología del desarrollo económico para “lavar el recuerdo de viejas desilusiones” (pp. 397-8). En este sentido, Lipset cree que “existe aún una necesidad real de análisis político, de ideología y de controversia, *dentro de la comunidad mundial*, si no dentro de las democracias occidentales” y el ideólogo occidental desprovisto de problemas en su propio patio trasero, debe enfocar ahora su atención, hacia esa nueva área. A pesar de que la ideología y la pasión ya no son necesarias en las democracias prósperas y avanzadas de Occidente, se necesitan mucho en los países menos prósperos del mundo. En los países subdesarrollados, deberíamos estimular a los políticos radicales y socialistas porque, de acuerdo con Lipset, “sólo los partidos que prometen mejorar la situación de las masas a través de reformas amplias... pueden esperar competir con los comunistas (p. 416). Por tanto, los liberales desafectos de Occidente, los liberales no reconstruídos, los dirigentes sindicales (al menos los que siguen siendo liberales) y los socialistas, tienen un papel positivo que desempeñar en el exterior; donde su visión y su necesidad de crítica pueden emplearse bien en el desarrollo de instituciones políticas y económicas libres.

Este es, ciertamente, un argumento notable. La postura de Lipset y Bell es la de que el fin de la ideología no se da sólo en Occidente, pero que la ideología tiene aun un papel importante que desempeñar en los países subdesarrollados, aun cuando sólo sea en calidad de mito soreliano, para cumplir las tres condiciones y propósitos de la ideología tal y como los establece Bell; o sea 1.—simplificar ideas; 2.—establecer un reclamo a la verdad, sin que importe lo espacioso de la misma, y 3.— demandar un comprometimiento a la acción. Mas aún, los ideólogos desplazados de Occidente, los intelectuales desencantados que necesiten de una visión que los sostenga pueden ser empleados para promover y acelerar el papel de la ideología en los países subdesarrollados y, de este modo, prevenir una toma de esas zonas por los comunistas.

A su debido tiempo, si tenemos éxito, los países subdesarrollados se volverían desarrollados cuando ellos —también— resuelvan sus problemas apremiantes, políticos, sociales y económicos, y la ideología se desvanezca como el humo. Entonces la paz se entronizará en el Occidente ampliado,

y las relaciones internacionales y las disputas se regularán como problemas puramente internos, por una ética internacional de responsabilidad.

En efecto, Lipset y Bell arguyen que las naciones del mundo corren a un equilibrio estático.